

Circula entre los lectores de la Revista Persona,
la siguiente epístola navideña.
Viaja un par de milenios al pasado,
Toma lo ocurrido y lo proyecta sobre la realidad donde guerras, pobreza,
refugiados, migraciones masivas, hambre y muertes innecesarias
Avergüenzan a la humanidad en Asia, África, América y también a la vieja Europa.
Con un estilo emparentado con el del mejor Lennon de So this is Christmas y de Imagine.
Indiscutible y absolutamente propio de todo miembro biennacido de la humanidad,
funda un futuro quimérico y curador.
INMANENCIA agradece en nombre de los lectores
el permiso concedido por el autor para reproducir sus deseos.
¡Feliz navidad para todos!

Una esquila navideña

Ricardo Rabinovich-Berkman

Abogado y Doctor

*Director del Departamento de Ciencias Sociales
y del Programa de Cursos Intensivos para el Doctorado de Derecho.
Catedrático de Historia del Derecho
y de Principios Generales del Derecho Latinoamericano (UBA).*

Inmanencia 2018;7(1):137-138

Querid@ Amig@:

La Natividad, creas en lo que creas,
invita a sumergirse en el misterio del Pesebre.
Dejarse llevar por los Magos astrólogos que traen,
desde sus tierras místicas, regalos para un rey,
y azorados encuentran el heno de un establo.

En su lengua persa, meliflua y arcana,
habrá preguntado Melchor a sus colegas:
¿Oro, incienso y mirra, para un niño a la intemperie?
¿Qué hará ese pobre obrero con estas maravillas?
¿No debimos haberles traído pan y leña, Gaspar,
quizás manzanas?

Es que allá en el mundo antiguo,
por el que peregrinaban en largas caravanas,
Baltasar y sus amigos habían visto muchos reyes,
y a menudo algunos que se proclamaban dioses.
Pero no nacían en pesebres.

Al contrario, se pintaban poderosos, ricos,
fieros, despóticos, en sus tronos imponentes.
Monarcas soberbios, deidades del combate,
que mostraban su fuerza por sus victorias.

Ellos y sus dioses, o ellos como dioses,
eran matadores, vengativos y feroces.
Prometían riquezas a sus seguidores,
traían la esclavitud a sus oponentes.

¿Cómo hacer, Melchor, para aceptar,
esta noche silenciosa de un Bethlehem frío,
a un dios que nace pobre, sin tierra y derrotado,
que se encarna en un pueblo discriminado y triste?

Dentro de pocos meses,
anuncia Gaspar, que sabe ver en el futuro,
serán refugiados, los tres escapando con un burro,
desesperados, huyendo del poder asesino de un tirano.
El rey conocerá las penas del exilio en tierras extranjeras.

Se le nublan al Mago las visiones, está anciano,
y no domina ya como otrora las artes del presagio.
El asno del Egipto se le mezcla con barcas miserables,
que intentan cruzar el Mediterráneo y mueren en la senda.
Palestina se transforma en Siria, ésta en África, Latinoamérica
(el pobre Gaspar llora, porque lo que ha visto es demasiado).

Baltasar, que con el tiempo lo dibujarán moreno,
se contagia de su hermano de caminos y se arroja al augurio.
Distingue entre nubes al niño, ahora convertido en hombre joven.
Esperaba ver un monarca pomposo, con séquito y carruajes,
pero el que viene es un campesino alegre y simpático,
rodeado de amigos pastores, pescadores, labradores,
hay alguna prostituta inclusive y, cosa asombrosa,
hasta un recaudador de impuestos arrepentido.

Su principesco ropaje es una túnica basta y un manto sencillo.
Sus manjares son apenas algunos pescados y panecillos,
multiplicados a fuerza de hambre, y vino hecho con agua,
en casamientos mezquinos donde se sirve escaso.

Pero luego lo adivina perseguido, torturado,
condenado injustamente y ejecutado por un imperio.
En el atardecer se diseña la sombra de su madre en llanto,
y allí muy cerca otra madre, que no pasaría a los relatos,
con el cuerpo de su hijo, crucificado por robar, en brazos.

Melchor, carente de los dones del arúspice,
prefiere imaginar el mañana antes que conocerlo.
Es, por eso mismo, un soñador empedernido y delirante.
Supongamos, hermanos, dice a los otros Magos, que esta noche,
con el correr de los tiempos,
pase a ser conmemorada en el mundo.

Gaspar y Baltasar se esfuerzan por atisbar ese futuro remoto,
y asienten. Así será, Melchor, tal como dices. Imaginad, hermanos,
el recuerdo de esta Noche tan inverosímil, con esa estrella enorme,
este silencio de piedra y jazmines, en que nació un rey sin techo,
moverá a los humanos a luchar para que no haya más pobreza.

Los dos Magos se sonríen, porque Melchor está encantado.
La tragedia que esta familia ha de vivir, como refugiada,
ha de impulsar a las personas a respetar al que se exilia.
Su terror ante un gobierno asesino dará conciencia,
para siempre, sobre lo terrible del poder soberbio.

La llamarán Natividad, explica Baltasar, en árabe cantarín.
Claro, aprueba Melchor, porque implicará un Nacimiento.
No sólo el de este niño milagroso, sino el de otro mundo.
Un mundo donde el abuso duela, la discriminación hiera,
donde sea esencial que todos tengan su casa y su abrigo,
donde un refugiado sea alguien sagrado a quien se respete,
y nadie más deba marchar al exilio por causa de las tiranías.

Pobre Melchor, musita Gaspar en el idioma de los persas.
Al verlo, se lamenta Baltasar, deploro mi poder de avizorar.
Quisiera ser como nuestro amigo: quien adivina ya no sueña,
porque el sueño nace, justamente, de la ignorancia del mañana.

¿Quién sabe?
Gaspar mira cómo Miriam le da el pecho al niño.
Quizás nuestras predicciones sean limitadas,
Baltasar, tal vez seamos, en realidad,
augures miopes, atados a los astros más cercanos.
Puede ser que algún día,
más allá de nuestros paisajes,
al fin llegue esa Nochebuena verdadera.

Inshallah, murmura, el árabe Baltasar
los ojos vueltos al cielo calmo de la noche palestina,
Si Dios lo quiere, llegará una Natividad hermosa,
en que las personas recordarán
que hubo un tiempo, hace mucho, en que los niños
nacían en establos y en chozas miserables,
y las familias debían marchar al exilio desesperadas,
y existían los pobres, los vencidos, los discriminados,
la pena de muerte y la humillación de algunos.

Inshallah, respondieron Melchor y Gaspar.
¡Que Dios así lo quiera!
Y se fueron al compás adormecedor de sus camellos,
mientras otros niños pobres los cruzaban,
camino del establo, curiosamente sonrientes,
canturreando melodías hebraicas.

Si tú, como los Magos y los niños, como yo,
aún sueñas tercamente con que esa Noche llegue,
y estás dispuest@ a ayudar a que llegue,
alzo mi copa humildemente contigo.

¡SALUD!

Fraternalmente,
Ricardo

